

El acto liberal y libérrimo realizado recientemente por el duque de Aumale, que, como ustedes saben, ha hecho donación de su magnífico castillo de Chantilly al Instituto de Francia, me ha inspirado el deseo de visitar aquel suntuoso palacio y la idea de decir á mis amables lectores de EL ATLÁNTICO cuatro palabras acerca de la historia y vicisitudes de ese Versalles de los Condés, convertidos hoy por la magnanimidad del referido duque, como lo fué en otro tiempo por la rama primogénita el palacio de Versalles, en propiedad del Estado.

Algunos códices del siglo X hacen ya mención del castillo de Chantilly, reconstruido y embellecido después, y hasta tal punto admirado en el siglo XVI, que el sabio Androuet de Cerceau le consagró siete magníficas láminas en el tomo II de su preciosa y rarísima obra *Los más excelentes monumentos de Francia*.

Los cimientos de los torreones de aquel castillo feudal se descubren todavía al N. del castillo actual, y ocultos por el musgo y la hiedra.

El castillo moderno, reconstruido por el duque de Aumale, es una reproducción exacta de aquel que el condestable de Montmorency—á quien pareció pequeña y angosta a antigua fortaleza—hizo edificar á fines del siglo XVI, y que albergó, entre otros importantes personajes históricos, al emperador Carlos V, al czar Pablo I y á los reyes de Francia Carlos IX, Enrique IV y Luis XVI.

La celebridad de Chantilly data del gran Condé. Este príncipe, de regreso de España, y después de haber obtenido en propiedad a Capitania de Chantilly, hizo plantar los magníficos bosques que causan hoy nuestra admiración, y consagró sumas enormes á la instalación de los juegos de aguas que corren noche y día.

Estas maravillas tuvieron en el poeta latinista Santeuil un cantor tan inagotable como enfático, y los que deseen convencerse de ello no tienen más que leer su pedantesco poema *La Cantiliaca*.

El testamento del duque de Aumale hace también mención de los pabellones adyacentes de *Enghien* y de *Silvia*. El pabellón de Enghien fué construido por el penúltimo de los príncipes de Condé poco antes de la Revolución, que le obligó á emigrar al Este y á alguna distancia del palacio principal, con objeto de que sirviera de albergue á los huéspedes de menos alcurnia y de vivienda á los oficiales de la guardia.

A este mismo príncipe se debe la construcción del *Caserío*, especie de aldea compuesta de varias pequeñas casas rústicas que á mí me han parecido de pretencioso y dudoso buen gusto.

El nombre de *Silvia* fué el que dió en sus versos encomiásticos á la duquesa de Montmorency, María Felicia de los Ursinos, Teófilo de Vian, su cronista y poeta, que hubiera permanecido tal vez ignorado sin su tocayo el distinguido literato contemporáneo Teófilo Gautier, que se ocupó de él con motivo de ciertos escritos lividinosos que metieron cierto ruido, pero de los que ni yo quiero ocuparme ni es del caso.

Lo cierto es que, gracias á Teófilo Gautier, se sabe que se dió el nombre de *Casa de Silvia* á aquel pabellón porque en él encontró alojamiento el poeta Vian mientras escribió diez odas en honor de la señora del castillo, á r eferida duquesa de Montmorency, odas, después de todo, tan insulsas como cortesanas.

La galería de honor del palacio, decorada en tiempo del gran Condé, conserva valerosamente el recuerdo de las pasadas revoluciones y de la ambiciosa táctica de la rama colateral de los Borbones. Después de los cuadros que describen las victorias obtenidas y las ciudades conquistadas por el vencedor de Rocroy, hay uno simbólico que, interrumpiendo de repente la serie de batallas, representa al príncipe deteniéndose con ademán, aunque reposado, soberbio, á *La Fama*, que se prepara á pregonar nuevos triunfos; pero la diosa, no pudiendo tocar sus *cient trompetas*, hace flotar al viento desplegadas numerosas banderas en las que se ven inscritas todas las victorias de la *Fronda*, mientras que *La Historia*, sentada á los pies del Príncipe, arranca de su libro de oro una página en la que se leen los peligrosos nombres que la política de entonces obliga á tener callados.

En esta regia habitación, así decorada, fué en donde el gran Condé recibió á Luis XVI en 1671. Todos mis lectores conocen la carta de Mad. de Sevigné relativa á este asunto, y el suicidio del héroe Vatel; pero lo que talvez ignorarán es la siguiente curiosa anécdota:

El rey, enamorado y celoso de aquella soberbia morada, rogó á su primo que le cediese Chantilly, dejándole árbitro de señalar el precio que quisiera. «Está á la disposición de V. M.», respondió Condé; pero con una condición: con la de que V. M. me nombre su portero.» Luis XVI comprendió, y no insistió más.

Las magníficas cuadras que se ven enfrente del actual Hipódromo fueron construidas por Luis Enrique; las obras, que se empezaron en 1701, no terminaron hasta 1784, y al admirarlas hoy no puede uno menos de recordar la exactitud y gracia de aquella frase que cita Mercier: «Indudablemente, el duque de Borbón cree en la metempsicosis, puesto que edifica cuadras más suntuosas y bellas que su propio palacio. Sin duda prepara su habitación futura.» Y cuenta que la frase venía de molde á aquella familia de Nemrodes, uno de cuyos vástagos, si hemos de dar fe á Saint-Simón, atacado de una especie de locura que se apoderó de él en el último tercio de su vida, corría por aquellos lugares ladrando como un perro.

La Revolución destruyó el castillo, y el actual duque de Aumale emprendió en 1840 su reconstrucción, dedicando desde aquella época y todos los años una respetable cantidad á la mejora y embellecimiento de Chantilly. Los trabajos estaban concluyendo cuando fué expulsado del territorio de la República el duque de Aumale.

Hay otro castillo en Chantilly llamado *El Pequeño*, y compuesto de bajo y principal de la primitiva época, y que se salvó de la demoladora pica revolucionaria, que encierra en uno de sus salpicotes una obra de arte curiosísima: *escenas de monos* que unos atribuyen á Watteau y otros á Boucher, y que bien pudiera ser que no sean obra del uno ni del otro artista. Pintan, con el disimulo y comedimiento debidos, los amores de Luis XV, representado por un perro de agnas, y de sus cortesanos, representados por monos. No es posible imaginar nada más artísticamente chuseo que estas caricaturas, que sin duda alguna reproducen escenas y representan episodios de aquella época, cuyos pormenores y detalles ha borrado el tiempo lo bastante para que nos sean desconocidos.

Chantilly ha sido devuelto al pueblo francés, y por ello hay que cumplimentar sin reserva al duque de Aumale. Versalles es también propiedad del Estado; el castillo y sus dominios de Chambord, otro monumento importante de la historia de Francia, es el único que se halla en manos de un príncipe extranjero, el cual, inspirándose en la patriótica generosidad del hijo de Luis Felipe, haría tal vez bien en regalarlo á la nación. Sería, al propio tiempo que un acto magnánimo, digno de aplauso, la solución de una cuestión que pudiera surgir y el medio de evitar decorosa y dignamente un conflicto futuro y no lejano de solución peliaguda, enojosa é incierta.

Pío SILBÉN.

París 27 de octubre de 1886.

¿POR QUÉ NO ESCRIBE JUAN GARCÍA?

(ARTÍCULO SEGUNDO.)

«Cuando se siente hondo y se piensa alto, no es lícito callar.»

«No se esperan sólo los primeros del hablador, sino el reflejo, el alma de la patria.»

Ilusiones de optimistas ó sereno juicio de hombres sensatos consideran, más ó menos acertadamente, que ha entrado, por fortuna, España en un período de renacimiento literario.

No me atrevo á discutirlo ahora; pero lo cierto es que empieza á prestarse la debida atención á los progresos de nuestras letras y que los libros españoles vuelven á correr, aplaudidos y celebrados, por tierras extrañas. Muertos ó vivos los grandiosos caracteres

que distinguieron nuestra literatura nacional; pasadas ó presentes todavía las discutidas causas de su decadencia, es innegable que algunas esperanzas de aquel renacimiento pueden concebirse y que en los últimos años han parecido vislumbrarse notables adelantos. La novela ha adquirido entre nosotros extraordinaria importancia, y no es exiguo el número de sus ilustres cultivadores. La crítica histórica y literaria ha alcanzado semejante consideración, y es practicada acertadamente por muchos. El teatro, tan largo tiempo olvidado y empobrecido, aparenta ahora salir de su lamentable postración, y se propone renovar sus antiguas glorias. La poesía lírica, tan propia de este siglo y tan inferior, sin embargo, en España á los demás géneros literarios en los años que de aquél han pasado, lucha por llegar á su merecido puesto, y ha encontrado dos genios inmortales que intentan tal empresa. Aunque el juicio no sea acertado, todas las manifestaciones literarias justifican, en cierto modo, aquellas ilusiones.

Es necesario un supremo esfuerzo, y el esfuerzo se hará. Los periódicos madrileños han publicado estos últimos meses noticias sumamente satisfactorias. Todos nuestros insignes literatos han trabajado este verano y en breve darán á luz sus obras. Tamayo, Alarcón y Castro y Serrano, que habían enmudecido, vuelven este invierno á prestar sus talentos al arte y á reverdecer sus laureles. El año promete.—¿Por qué no escribe Juan García?

El arte literario, el primero entre todos, suprema manifestación de la belleza, responde también á ideas y sentimientos de influencia é importancia grandísima que no debe nunca olvidar. El arte literario, entretenimiento é instrucción, tiene fines altísimos que cumplir, aparte del principal y propio. La literatura, *expresión de la sociedad*, según decía Mme. de Staël, *crisol ha de ser en que el oro quede exento de escorias*.

Tiempo hubo en que estas sanas ideas se tuvieron presentes y atinadamente se practicaron; pero ya no sucede así, y se realizan, por el contrario, las opuestas. Desaparecieron los antiguos principios, murieron las antiguas costumbres, y con ellos desapareció y murió igualmente la antigua preceptiva, si errónea á ratos, menos errónea que la nueva. Cambió todo y llegaron nuevas influencias irresistibles, que todo lo invadían y todo lo avasallaban. La moderna opinión extendió por todas partes sus conquistas y, bajo pretexto de librar al arte de preocupaciones y defectos, le hizo su esclavo y su soldado poderoso. Del cerebro de Europa bajó la nueva ciencia, reguladora de todo y maestra de todo, crecida al calor de entusiasmos y de pasiones, y todo sufrió su influencia, todo fué impulsado á seguir su carrera. ¿Nada detendría su paso triunfante?

Háblase de renacimiento literario, ¡bendito renacimiento que ha de venir reaccionando contra tantos errores! Es necesario, absolutamente necesario, que nos detengamos en el camino emprendido, camino mas lleno de lodo que de flores. El libro y el teatro bastardeados ansían librarse de prostituciones y miserias. Pasada ya la novedad, deséchense las exageraciones. Olvídense lo malo de lo viejo, pero no olvidar de igual modo lo bueno. Hace falta un supremo esfuerzo; que se haga cuanto antes. Todos deben emprender esa labor: todos, grandes y pequeños, anuar á ese fin sus trabajos.—¿Por qué no escribe Juan García?

En esta época de cosmopolitismo, inclinada en lo posible más que otra alguna á la desaparición de fronteras, nada resiste á la universalidad y á la adulteración y la mezcla. Los progresos y los adelantos en todas las ramas del saber humano, la fácil comunicación y la circulación rápida casi han igualado en la *superficie* la fisonomía de las naciones y casi han borrado sus especiales caracteres. Todo se ha revestido de uniforme cultura, y poco, muy poco, se muestra capaz de resistir los embates de esa aspiración á la generalidad. Costumbres, pasiones, creencias, ciencia, arte, letras han sufrido esa influencia y se han igualado en todas partes. Hasta el idioma, fuera de los esfuerzos por descubrir una lengua universal, siente esas alteraciones y mezcla en su relación con idiomas extranjeros.

No juzgo oportuno ahora considerar otros extremos, y me fijo sólo en este último, porque es lo que cumple á mi objeto. La lengua es, tal vez, el principal carácter racional; es la expresión exacta de las ideas y sentimien-

tos de un pueblo. Brota la palabra al calor de los pensamientos, y germinan éstos en conformidad con el carácter que su nacimiento ha impreso al hombre. *El hablar*, según Fr. Luis de León, *nasce del entender*, y el entender, vario en los individuos, es vario también en las naciones. En la lengua sirven los hábitos, las ideas, la tradición, la historia de la patria. Por medio de ella se manifestaron al mundo las grandezas y las virtudes, el genio, la gloria y la omnipotencia de las generaciones precedentes. Mientras viva el idioma vivirá la nación, aunque la postración y la desgracia conviertan en largos siglos de humillación y decadencia la altivez y grandeza de los años felices.

Deber sagrado, pues, es de todos conservar puro é inmaculado el idioma patrio; nobilísima obligación en que todos los escritores deben empeñarse. A las corruptelas y adulteraciones deben oponerse las primitivas pureza y claridad. Si desechar los progresos de la lengua, ha de tenerse presente sus naturales condiciones. Sin incurrir en pelantescos arcaísmos debe guardarse la perfección á que la elevaron nuestros clásicos. Todos deben perseguir este fin.—¿Por qué no escribe Juan García?

El libro, como producto íntimo del escritor, refleja siempre sus sentimientos é ideas. En él quedan lo que le inspira y anima, lo que alienta su trabajo y mueve su pluma. Y á veces el libro es buscado y leído preferentemente en razón á las ideas y sentimientos que le dieron origen.

Si el regionalismo tiene razón de ser, yo creo que sí y así lo he defendido en otra ocasión, en el terreno literario encuentra su mas sólido fundamento. Los libros que más se leen en una provincia son los que á ella se refieren, pintando su suelo ó narrando su historia.

El cariño idólatrico que se profesa á la tierra natal, cariño sin igual y profundo, lleva avasallado el pensamiento y el corazón á todo lo que en ella nace ó en ella ha tenido su causa ó á ella hace referencia. ¡Y cuánto más sucede esto en pechos montañeses, tan apagados fuertemente á su tierra, tan adoradores de su hemisfera incomparable, tan orgullosos de su limpia historia, tan vueltos hacia ella con los ojos del alma aun cuando los separe de su suelo toda la inmensidad del Océano! ¡Cómo se leen y cómo se admiran por los hijos de la Montaña, hasta en las remotas regiones á que la muerte ó la fatalidad ha llevado á algunos, los libros notables que sus paisanos escriben, y en los cuales queda retratada bajo todos aspectos su madre común!

Crimen de *lesa patria* pudiera llamarse con disculpable exageración el no corresponder escribiendo á aquella admiración y aquel cariño. A nadie es lícito callar, cuando tantos esperan sus palabras.—¿Por qué no escribe Juan García?

.....

Hace algunos meses emprendí la tarea, suponiendo que algunos me auxiliarían, que hoy continuo, cumpliendo gustoso la palabra empeñada. Lo que entonces escribí, de *motu proprio* y en contestación á un amigo queridísimo, repito ahora sin excluir una sola palabra. ¿Me verá obligado á seguir en mis impertinencias?

Cuando, movido por el mismo interés que ahora, dirigí al inmortal Peralá idéntica pregunta á la que hoy formulo, me hizo éste el inmerecido honor de prometer; y he visto después escrita la primera cuartilla, que pronto publicaría otra novela. Me atrevo á esperar para el invierno un libro de *Juan García*.

PEDRO SÁNCHEZ.

23 de Octubre de 1886.

MADRID.

30 de Octubre.

El primer estreno, llamémosle así, aunque no se lo debíamos llamar por las razones que se dicen más adelante, nos le ha ofrecido el teatro de la Zarzuela.

Se trata de un en tres actos y en verso, titula *El Estudiante pobre*, y que no es original, sino traducida directamente del alemán, según dijo un cantante la noche del estreno y repiten á diario los carteles.

Lo de la versión directa del alemán no lo hemos creído nadie en Madrid, y les aconsejé á ustedes que no lo crean tampoco.

Con Italia tenemos un tratado de propiedad intelectual, y con Alemania no; ¿me entienden ustedes?

De modo que no es que el traductor se quiera dar tono diciendo al público que sabe alemán—hagámosle esta justicia;—lo que se oculta tras de semejante declaración no es otra cosa que el deseo de ganar unos ochavos, sin que tenga que molestarse en dirigir reclamaciones al Gobierno español ningún representante extranjero.

Conque ayudemos á la buena obra, y sin más averiguaciones, demos de barato que la obra ha sido traducida del alemán; ¿qué vamos perdiendo nosotros? ¿Ni qué nos importa su fe de bautismo con tal que presente la cédula de vecindad expedida por un alcalde de barrio español?

Lo malo es que nosotros conocíamos esa zarzuela, que representó el año pasado en el teatro de la Alhambra la compañía Tomba, con el título de *El Guiltarrero*. Y por cierto que Bianchi la cantaba muy bien, sin que esto quiera decir que la Franco la canta mal; pero lo cierto es que Bianchi la cantaba mejor.

El Guiltarrero nos dijeron entonces que se llamaba en Alemania *El Estudiante pobre*. Por eso sin duda le ha llamado el traductor *El Estudiantillo*. Se conoce que con el diminutivo se ha propuesto significar la pobreza. Es una innovación aceptable, porque á nadie le ha de parecer mal que se vaya dando elasticidad al idioma. ¡Precisamente hay por esas Academias una porción de chicos que se quejan de que no responden ya á las modernas necesidades!

Pero volvamos al asunto, como dicen los pocos novelistas por entregas que van quedando.

El Guiltarrero, con letra italiana, no nos gustó cosa mayor: el libro era un desatino, que también los alemanes los cometen sin pizca de interés ni de gracia. De la música ya opinamos de distinta manera. El primer acto era muy bonito; el segundo no lo era tanto; el tercero no lo era nada. En resumen: un conjunto regular.

No recuerdo ahora el nombre del autor; pero es fácil de adivinar. Mezclen ustedes caprichosamente con un par de vocales todas las consonantes del alfabeto, y el nombre que resulte será muy parecido al del músico teatón.

Como ustedes supondrán, la opereta no ha ganado al ser vertida, ó derramada, á nuestro idioma.

El libro ha quedado tan tonto como antes, con la única diferencia de que ahora se dicen las tentaciones en verso, y parecen más gordas; la música es como era: la instrumentación del maestro Llanos no la ha hecho ni ganar ni perder.

El primer acto se aplaudió bastante: el segundo pasó, como dicen entre bastidores, y el tercero se hubiera silbado sin ciertas alusiones políticas cracovianas que el público, siempre malicioso, tomó por españolas.

Total: que la obra no dará dos pesetas, según la frase usada en las contadurías de los teatros.

¡Ah! Un detalle. Todo el mundo creía que el traductor de la zarzuela era D. Luis Mariano de Larra. Pues no, señor. Según dijo al público el señor Soler, el arreglo ha sido hecho por un señor López de Ayllón, á quien no conoce nadie, y que tuvo la modestia de presentarse en el escenario.

¡López de Ayllón! ¡López de Ayllón!... Vamos, que no me suena.

¿Qué quieren ustedes apostar á que no existe?

Al fin, como diría *La Correspondencia*, se inauguró antes de anoche el *Círculo Artístico-Literario*, que, en honor de la verdad, parecía un asna de oro, y que mereció grandes elogios y alabanzas de todos los socios que le visitaron, que puede que pasaran de doscientos.

El local está muy bien distribuido y perfectamente amueblado: nunca agradecerán bastante los escritores y los artistas lo que por ellos se ha hecho: ¡ya tienen todo el pretexto para no trabajar!

Y esto es lo único que necesita tan respectable clase.

La inauguración se verificó sin solemnidad de ningún género, como ya les había yo anunciado á ustedes que sucedería.

No hubo ni discursos ni poesías que lamentar. Y el que tomó una copita tuvo que pagarla si no encontró un amigo generoso; que no le encontraría, porque ya se han acabado estos amigos... y los otros.

Acaso lo que más llamó la atención fué el

uniforme de los dependientes. Muchos literatos miraron con envidia aquellos trajes de invierno flamantes, y al compararlos con los suyos sintieron deseos de cambiar la pluma por la escoba.

¡Como que hay bastantes escritores que, en punto á ropa, se encuentran en pleno Agosto!

Algunos periódicos, al dar cuenta de la inauguración del Círculo, han llegado á decir que la Junta directiva ha hecho verdaderos milagros.

¡Aduladores!

No es que crea yo que no tienen razón, sino que no me está bien decirlo, porque tengo el honor de pertenecer á esa Junta directiva, y crean ustedes que, si lo callo, reventaría.

Ya tiene una posición social en que no dió Jerónimo Paturot, á pesar de sus pesquisas.

¡Y se presentan tan pocas ocasiones de darse tono!

Ahora ya no tendré que poner mi nombre sin aditamento ni adorno de ninguna clase en la portada del primer libro que escriba y publique.

Y puede que componga siquiera una cuartilla para imitar á los académicos de todas las Academias, desde la Española hasta la Cervantina, y escribir en la primera hoja y debajo del modesto S. de Trasmiera: Individuo de la Junta directiva del Círculo Artístico-Literario.

No, no me lo nieguen ustedes: lo que es como sonora, es sonora la frase.

Tanto que, para hacer boca, la voy á poner en las tarjetas de visita, que también están muy feos sin ningún título ni nada.

Conque ya lo saben ustedes. De modo que si algún día quieren visitar el Círculo no tienen más que decirme lo...

* * *

Inútilmente me devano los sesos para encontrar *le mot de la fin*.

Yo quería, y ustedes lo querran también, que fuese chistosa.

Pero imposible... no sale.

Contentémonos, pues, con que sea fina.

A los pies de ustedes, señoras.

Beso á ustedes las manos, caballeros.

S. DE TRASMERA.

LOS FELICES.

(ARTICULO INFANTIL.)

Recuerdos, desengaños, esperanzas, ambiciones, odios y miserias... Sólo es feliz el que sin conciencia del presente mire hacia adentro y nada vea, porque el que lleva á cualquier rincón del alma la luz del pensamiento en busca de memorias gratas, nunca será tan dichoso que no ilumine al propio tiempo las sombras donde algún dolor duerme el sueño ligero que sólo pueden dormir las memorias tristes.

Pero la vida es una cadena sin fin de convenciones que á nadie convencen, de mentiras que á nadie engañan por completo; y hemos convenido en que hay una felicidad que perseguir, y para mejor convencernos, todos proclamamos una felicidad pasada, un cadáver que tuvo vida en aquellos buenos tiempos que el joven refiere á la infancia, el hombre á la juventud y el anciano al período último de su vigor y entereza. Acaso el que así llegó al fin de la jornada, dejando siempre en la última estación el equipaje de la felicidad, es el que menos se equivoca, consistiendo sólo su error en que, creyendo que la deja detrás, téngala delante.

Pero unos y otros convienen en una cosa: la primera etapa de la vida es el único trozo de camino florido y fácil. Allí todo es sombra apacible, todo alegría y bullicio: «miesobre hojuelas»; los grandes se han encargado de espantar las abejas, á costa de muchas picaduras, para que los niños gusten la golosina y de ella se harten, sin penas ni sobresaltos. ¡Es claro! La dicha de los jóvenes se halla diariamente desmentida por los jóvenes mismos, que estudian mucho, reciben calabazas en las cátedras de la ciencia y en las cátedras del amor, y hasta algunos se suicidan; la dicha de los hombres lucha en el trabajo cotidiano que su calidad de padres de familia les impone, en el exterior, y en el interior con las cosas de su señora y las asechanzas de los enemigos más ó menos domésticos que pueblan el hogar, oasis cuya sombra suele ser á veces bastante mala sombra. Los unos tienen patronas que los envenenan á dieta; los otros suegras que los pellizcan, ó mujeres que los arruinan; y to-

dos ponderan sus males y recuerdan la edad de la infancia á la que llaman ¡dichosa edad!

Si dijieran que el reino de la dicha no es de este mundo, santo y bueno. En rigor, el nombre de la felicidad sólo dejará de ser una mentira, ó un sarcasmo, cuando se escriba en las losas que cubren los sepulcros; la vida y la muerte no pueden unirse; si no, las casas de los muertos serían el único lugar donde pudiera escribirse: «aquí vive la felicidad», viniendo á repetir con otras palabras las del escéptico cantor de Teresa: «sólo en la paz de los sepulcros creo».

La vida es la contrariedad, la lucha sin descanso hasta el último aliento, sin fin hasta el fin. En lo que nadie acierta es en fijar el principio del rudo batallar en que se empieza la existencia. Nadie sabe la época fija en que tropezó el primer eslabón de la cadena: el primer delito, el primer amor... Antes, el padre airado, el maestro implacable... y más atrás se pierde el recuerdo sin determinar el primero de esos horribles temores de la infancia cuya causa ridícula mueve á risa ahora. Si se ahondara en el montón de los recuerdos, quizás se encontraría el más grande de los dolores en el primer vagido que á nadie movió á piedad y del que nadie hizo aprecio.

Después vinieron otros grandes disgustos sufridos en silencio, es decir, sin protesta inteligible, porque el idioma del llanto tiene una música demasiado importuna para que nadie la entienda. ¡Qué desesperación la del «rorro» que se retuerce en los horrores de la indigestión y le ofrecen el pecho por todo remedio! Ha de dormirse sin sueño, han de moverle y zarandearle cuando la quietud y el reposo le son más necesarios. La madre le adora, y en prueba de ello le estruja; dice que le comerá y no anda lejos de hacerlo: no le adora la madre, y la nodriza le lola tra con mayor voracidad todavía. Todos tienen derecho á él, y pasa de unos brazos á otros sufriendo cariñosos tirones de nariz, mordiscos más ó menos hambrientos y toda clase de torturas, hasta que se redime de esta felicidad haciendo el primer pinito.

La tendencia de andar en cuatro pies que algunos hombres manifiestan en toda su vida, es en los niños el instinto de conservación. A la primera tentativa de abandonar esta posición, las mujeres de la casa lanzan un grito de alegría, cogen el chiquitín, le plantan en el suelo, y á hacer pinitos. Al primero sucede una caída de bruces, al segundo otra de espaldas, y al tercer golpe, si el andador incipiente queda para más, le ponen la cocorronera; y allá va el chiquillo rodando por toda la casa, en casa, y en la calle siendo siempre el obstáculo involuntario del que va de prisa y le atropella, le revuelca y sigue su camino mientras la niñera levanta al caído y le consuela con un par de azotes.

La zagala es por lo común el mayoral de los niños, que no se redimen de su tutelar amparo hasta que andan solos y ascienden á su vez á mayorales de las mejores sillas de la casa, en las que toman venganza de su arrastrada existencia. Cada silla fuera de combate, una cachetina. Cuando no quedan más que las justas para los de casa, al auriga infantil le despojan del látigo á cambio de una cartera que va á la escuela con el muchacho y no vuelve. Azotes á la vuelta. Si no fuera por ellos, el primer día de escuela sería la excepción, el día feliz. El maestro es un señor muy bueno que da caramelos y un beso al entrar y otro al salir. Después se acaban las golosinas y las caricias: el buen señor no tiene mas que unas disciplinas que miedo da verlas. Las primeras relaciones que establecen con la carne del alumno completan la revelación. ¡Cualquiera vuelve!

El niño sueña con el maestro y hace el primer novillo, siempre á costa de su pellejo.

Luégo, la mitad de la vida la pasa lleno de disgustos. Si es bueno, se morirá de tedio; si es travieso, el temor del castigo amarga sus momentos más dichosos.

¡Dichosa edad!

Pero la última... El hombre se acerca al bien á medida que avanza en la vida.

Jesús, que vino al mundo por los desgraciados, no consideró á nadie más digno de su amparo que á esos á quien se calumnia con la sospecha de felices, usurpándoles una compensación á que tienen preferente derecho. «Dejad que los niños se acerquen á mí».

Pero tienen esa desgracia más, para colmo de ellas.

Les sucede lo que al mendigo que se muere de hambre y con reputación de avaro.

R. S.

CONDICIONES HIGIÉNICAS DE SANTANDER

EN RELACIÓN CON LAS ENFERMEDADES PESTILENCIALES, POR EL DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUGÍA JUAN JOSÉ ZORRILLA.

(Continuación.)

Experimentos recientes han demostrado que la atmósfera contiene en suspensión un gran número de microorganismos, específicos unos de enfermedades pestilentes, sin haber podido determinar aún la acción que otros ejercen sobre nuestros órganos; pero, de todos modos, podemos afirmar que un aire es tanto más saludable, cuanto menor es el número de microorganismos en él suspendidos.

Las grandes altitudes han sido consideradas siempre como grandemente benéficas á la salud, como han sido consideradas benéficas las atmósferas rurales, y esto es debido á otra cosa que á la pureza de los elementos que las constituyen, y á la ausencia de gérmenes, causa de padecimientos infecciosos.

Cuando aquéllos abundan, es insano el aire; es, por el contrario, saludable cuando carece de ellos. No vaya á creerse que estas concepciones son puramente teóricas; á beneficio de los procedimientos de investigación de Davy y Miachel, ha podido apreciarse de una manera matemática el número de organismos que pululan en el aire atmosférico, siendo curiosos los datos que con este motivo publica el Anuario de Montsouris dado á la luz en los años de 1882 y 83. «Mientras que en las cimas de Mont-Blanc, dice, apenas se encuentra algún que otro microbio en el aire, en nuestras poblaciones, por el contrario, abundan, y su abundancia varía con los lugares.»

En el parque Montsouris se encuentran solamente 51 microbios por metro cúbico de aire; en la calle de Rivoli se eleva el número á 280 por la misma unidad de volumen; y este número, ya considerable, aumenta aún en el aire confinado de las habitaciones y hospitales.

En una habitación de dormir de la calle de Monje llegó la cifra á 5.260 microbios por metro, subiendo hasta 28.000 en la sala Lisfranc, del Hospital de La Pitié.

Ahora bien: si hoy se ha demostrado, si ha pasado á la categoría de axioma el concepto de que la mayor parte de las enfermedades, y sobre todo las reputadas como contagiosas, son debidas á la penetración en nuestros tejidos de microfitos ó microzoos que en ellos se desarrollan y viven, ¿es de extrañar que nuestra salud y nuestra vida se encuentren á cada momento comprometidas por tales organismos, que nos envuelven, que nos asedian y no esperan más que un momento apropiado de lugar y tiempo para ejercer sobre nuestros organismos sus perniciosos efectos? ¿Es de extrañar que en nuestros pueblos, y sobre todo en nuestros grandes pueblos, en los que la higiene se encuentra en estado de rudimento, empezando apenas á despertar del letárgico sueño en que por tanto tiempo yaciera sumergida, es de extrañar que en estos grandes pueblos de atmósfera comparable á la atmósfera de la sala Lisfranc, la vida languidezca y se extinga, falta de aire puro que respirar y de luz que la bañe, y sobrada de los medios de destrucción que la rodean? ¿Es de extrañar que la tisis y la escrófula y el tifus; la viruela, el sarampión y la escarlatina; la disentería, la diarrea y el cólera, y por fin, la misma pulmonía en su variedad infecciosa, cuya naturaleza bacilar ha llegado á demostrar Friedland partiendo de sus decisivos experimentos verificados en 19 de noviembre del 83, por los que llega á comprobar la existencia en el pulmón de un eschizomiceto propio de este mal, experimentos confirmados poco tiempo después por Talamon, que, si difiere de Friedland en lo concerniente á la forma del bacilo, no por eso deja de considerarle como causa de la afección neumónica; es de extrañar que estos males, determinados todos por la presencia de microorganismos, que tanto abundan en los grandes pueblos, acaban por extinguir en éstos la vida, si la vida del campo no afluye en corriente poderosa para extinguirse á su vez y ser sustituida por otras vidas que han de perecer también en el foco que todo lo consume y devora?

Serán los grandes pueblos centros de civilización y progreso; pero estas ven-

tajas que á la civilización reportan, créolas yo más que suficientemente compensadas con los males que acarrearán, males que, por desgracia, no sólo afectan la parte física de nuestro sér, sino que interesan también nuestro sentido moral.

Las civilizaciones son relativas, y, como tales, su adelanto es innegable; mas si se las considera en sí, en su esencia y con relación á un fin, fin sin límites ni horizonte, causa y objeto de nuestra propia existencia, en este caso es tan poco el adelanto, tan lento en su evolución, que dudo yo llegue á compensar los grandes sacrificios que nos impone, pues no guarda relación la lucha titánica que la humanidad sostiene para avanzar un paso, paso bien corto, en el largo é incommensurable que ante nuestra vista se despliega.

Queda el hombre extático y mudo de admiración al contemplar las grandes obras de la industria humana, y pasa indiferente, ó huella con su planta la humilde flor que asoma ruborizada su pálida corola para disfrutar un momento el suave calor de la irradiación solar, fuente de toda vida; se engríe con su creación, si esta palabra puede aplicarse propiamente cuando de obras humanas se trata, y desprecia la pobre planta cuya corola encierra los misterios de la vida tras los que en vano corre la fantástica y loca imaginación del hombre.

Significa la mole de granito por el hombre aglomerada, la suma de unas pocas fuerzas que pródiga la naturaleza le prestara y él supo aprovechar; se resumen en la flor los misterios de la vida á través de los que se deja vislumbrar la majestad infinita del Dios creador.

De la letrina, y del gas infecto que de ella emana, y de la calle sucia y habitación malsana, y de los vicios sociales, y de la ignorancia del hombre, se había escapado mi espíritu á la contemplación de Dios y de sus alegrías, que se revelan lo mismo en la flor humilde que en el erguido tallo de corpulento encinal, y en el altivo cedro que desafía al rayo, y en la graciosa palmera, y en la encumbrada montaña de inconmensurable altitud, y en el mismo mar, y en los infinitos confines del universo, y en el espacio sin límites, poblado todo de mundos y todo lleno de la infinita grandeza de su Creador.

Pero volvamos á nuestro tema, y, dejando los espacios infinitos, obra de Dios infinito, sumámonos de nuevo en el estrecho recinto de nuestro pueblo, y después de haber aspirado la fragancia de la flor, aspiremos de nuevo el aire que huele mal y que pueblan multitud de seres tan notables por su pequeñez, como por los perniciosos efectos que sobre nuestro organismo producen.

Habíamos dicho que en la alcantarilla, no sólo se producen gases deletélicos que envenenan la atmósfera, cambiando sus elementos, sino también *microorganismos patogénicos*, causa de males pestilenciales; microorganismos que, arrastrados por las corrientes gaseosas, penetran en la habitación por los excusados y piedras de fregar, dando lugar á verdaderas intoxicaciones de los individuos que las viven.

Conocido el mal, mal innegable, nada más natural que procurásemos destruirlo, máxime cuando tan fácil es y tan cortos sacrificios demanda su completa extinción. Sin embargo, el mal persiste; han sido inútiles cuantos consejos se han dado en este sentido al propietario y al inquilino; resístese aquél á gastar unos pocos reales en aras de la salud del prójimo, que es su salud, y permanece éste indiferente ante los peligros á que se expone y expone á seres queridos, cuyas vidas peligran asediadas constantemente por enemigos invisibles, tanto más de temer, cuanto más se ocultan para causar el daño.

Todos estos peligros quedarían conjurados, habrían desaparecido con sólo colocar, en excusados y fregaderos, tubos en forma de sifón, que, á la vez que permiten el saneamiento debido de la vivienda del hombre impiden en absoluto la llegada á aquélla de los gases de la alcantarilla. El gasto habría sido insignificante, é inmenso el beneficio reportado. Algunos reales bien y oportunamente gastados habrían preservado miles de vidas sacrificadas hoy por los productos deletéreos y ponzoñosos que se desprenden de albañales y letrinas.

Esta sencilla disposición bastaría, en la mayor parte de los casos, para poner nuestras habitaciones al abrigo de los gases de la alcantarilla; pero no basta por sí sola: hay otros defectos más faci-

les de corregir aún, y que no puedo dispensarme de señalar, dada la poca atención que se pone en la construcción de los lugares comunes y sus accesorios, refiero á las cañerías de bajada de los excusados y aguas sucias. Dáseles generalmente á estos agentes de limpieza, objeto á que se los destina, y esta disposición es por sí perjudicial, pues no sólo no favorece el flujo de los materiales que en ellos circulan, sino que á sus paredes se adhieren productos varios que no pueden ser arrastrados por las aguas, y que en ellos van á descomponerse, dando lugar á la consiguiente producción de gases, que es posible vengán á parar á nuestras habitaciones. Los tubos de bajada de las aguas sucias (como hemos dicho en otra parte) no deben exceder de 12 á 15 centímetros de diámetro; si queremos que las aguas en ellos vertidas arrastren todas las materias sólidas, que en este caso irán á pudrirse lejos de la habitación humana.

Tampoco suele ponerse el mayor esmero en recibir las juntas de los tubos que, sobrepuestos, constituyen las cañerías de bajada, y este defecto es tanto más grave, cuanto que en muchos casos es causa de los malos olores de la habitación, á pesar de los excusados y piedras convenientemente instaladas, lo cual desespera al inquilino, que no sabe á qué atribuir y cómo evitar lo que tanto le desagradará. Revestidas las cañerías en la parte que está á la vista, por gruesa capa de yeso, quedaría subsanado este defecto si toda ella corriese al descubierto; pero una gran parte suele estar recubierta por armarios, y otra está necesariamente comprendida entre el cielo raso y el toldo, y aquí es donde está el peligro que acabamos de señalar. No recibidas las juntas que corresponden al espacio comprendido entre los toldos y el cielo raso, por ellas salen los gases que se extienden por toda la casa, percibiéndose en los puntos más distantes y más ventilados quizá, cuando en el retrete mismo no se notan.

Señalo este defecto, muy general por desgracia en nuestro pueblo, en el que las construcciones suelen entregarse á contratistas especuladores que, cuando más, están vigilados por personas muy competentes en asuntos de construcción, pero que desconocen ó no quieren fijarse en los asuntos relacionados con la higiene, asuntos que posponen á la estética, menos importante que aquélla. Estas tuberías de bajada no deben terminarse en el último piso; deben prolongarse por encima de la cumbre de los tejados, para que de este modo sirvan de tubos aspiradores de ventilación que renueven constantemente el aire impuro contenido en su interior, con aire puro procedente del exterior. De este modo habremos evitado la contaminación de nuestras habitaciones y, con ello, muchas enfermedades y disgustos.

Algo he de decir también de las atarjeas particulares de las casas. Estas no deben construirse, como se hace generalmente, con dos malas paredillas de pésimas mampostería, recubiertas de una no mejor cobija que deja intersticios por donde las ratas penetran á su sabor mirando el subsuelo de las aceras que se presentan dislocadas y rotas, con grave riesgo de la seguridad del transeunte y no mejor aspecto á la vista y á las narices que constantemente perciben los aromas que se desprenden de sus intersticios; las atarjeas no deben ser otra cosa que la continuación de las tuberías de bajada directamente empalmadas con la alcantarilla, y bien recibidas, para evitar los destrozos de los roedores mineros, disposición mucho mejor y no más cara que la hasta hoy adoptada.

Esta sencilla disposición nos pondría por completo al abrigo de los productos gaseosos y organismos microscópicos que se generan y pululan en la atmósfera infecta del albañal, preservando nuestra salud y nuestra vida, en peligro constante cuando está sometida á la dañosa influencia de lo que ha sido justamente considerado causa de enfermedad y de muerte.

(Continuará.)